

Entrevista a Leonardo Gorostiza

POR CAMILO CAZALLA Y AGUSTÍN BARANDIARÁN

Camilo Cazalla: En sus primeros desarrollos del año 1948, Jacques Lacan ubica la agresividad en la vertiente del eje imaginario, con una dimensión estructural, pero ¿qué otra lectura es posible a la luz de su última enseñanza ya que hoy la agresividad se nos presenta como un síntoma de la época?

Leonardo Gorostiza: Tendríamos que partir diferenciando agresividad de violencia. A mi entender continúa siendo muy orientador seguir pensando la agresividad como inherente al eje imaginario. Es todo lo válido que tiene el primer Lacan, a pesar de la revalorización que él hace de lo imaginario en su última enseñanza. Vemos que esta agresividad está en ascenso en esta época de acuerdo a lo que alguna vez Jacques-Alain Miller llamó la época donde predomina el Yo como el tótem contemporáneo, es decir, el individualismo. Entonces, a mayor inflación yoica y a mayor descrédito del orden simbólico, encontramos mayor agresividad. Lacan alguna vez formuló que allí donde la palabra desfallece surge la violencia, y desde esa perspectiva, estamos en el mismo orden de las primeras formulaciones. Lo que sucede es que la noción de violencia

tiene una dimensión más abarcativa, donde podemos leer todo aquello que vemos como pasajes al acto violentos que, precisamente, están en el régimen donde se detiene la palabra. Si tomamos la fórmula de Lacan del seminario sobre la lógica del fantasma, el pasaje al acto está en la vertiente del “Yo no pienso”, y en esta perspectiva se continúa manteniendo una suerte de congruencia que nos dice que donde se detiene lo simbólico, donde se suspende el pensamiento, tenemos el lugar propicio para la emergencia de la agresividad y/o de la violencia.

Camilo Cazalla: Es cierto que Lacan supone, en un inicio, una función pacificadora a la palabra, sin embargo, a lo largo de su enseñanza nos enseña sobre la violencia que lo simbólico entraña.

Leonardo Gorostiza: La dimensión violenta de lo simbólico nos viene referida ya desde la fórmula hegeliana, en la que la palabra mata la cosa. Piera Aulagnier, hace años, escribió un texto titulado *La violencia de la interpretación* y también Jacques Alain Miller, en un texto publicado en la última revista de la EOL, Lacaniana, habla de “La palabra que hierde”. Lo que pasa es que se trata de una violencia más metafórica, porque implica la sustitución de la cosa por el símbolo o bien de cómo, con la palabra podemos acceder, “tocar” –por decir así– lo real.

Ahora bien, respecto a los actos de violencia, a diferencia de la guerra tradicional, que contaba con un cierto marco simbólico, los nuevos fenómenos de violencia, los actos suicidas y homicidas, que habría que analizar en cada caso, se presentan muchas veces como un modo de hacer existir al padre a través de lo real de la violencia. El islamismo radical, en ese holocausto o sacrificio, intenta hacer existir a un Otro en una dimensión real. En cierto modo el terrorista, o el que comete el acto terrorista, tiene una posición que apunta a constituirse en el instrumento del supuesto goce del Otro. Otra reflexión respecto a estos actos violentos, o a estas masacres de pequeños grupos, es que podemos leerlos en términos de lo que Lacan rescató de aquel psiquiatra clásico, Paul Giraud, sobre el término *kakón*, que es un término griego.

Es decir que lo malo, el *kakón*, el goce que no reconozco como propio, está puesto en el otro, y querer matar al otro, puede ser un intento, en lo real, de simbolizarlo, de detenerlo, de localizarlo.

Camilo Cazalla: La relación entre los sexos, en nuestra época, toma muchas veces la vertiente de la agresividad y ha producido discursos sociales como el discurso feminista. ¿Qué tiene para decir el psicoanálisis?

Leonardo Gorostiza: En primer lugar, para tratar de orientarnos en este tema yo hablaría de feminismos, en plural. Hay también un feminismo radical en el que la lógica en juego allí es una lógica de exclusión de lo diferente. Por eso me gusta colocar la fórmula “la feminización del mundo” entre signos de pregunta, para saber si efectivamente vamos hacia o estamos en una verdadera feminización del mundo. Porque por ejemplo hay una fórmula de Lacan en el Seminario XVIII cuando, luego de decir que el falo es lo que funciona como obstáculo, y no como el garante parasexuado que posibilita la relación sexual allí donde no la hay, pasa unos pocos párrafos más adelante a decir que “el falo es el goce femenino”. Entiendo que esto se encuentra en cierta congruencia con la fórmula tan desarrollada por Jacques-Alain Miller de que Phi mayúscula –que es la notación del falo como el goce imposible de negativizar– es el goce femenino, y el goce en tanto tal. Desde esta perspectiva uno podría pensar que cuando el feminismo radical rechaza la cuestión del falo, entendiéndolo muchas veces en términos muy freudianos, casi identificando el falo con el pene, toma una posición de rechazo del goce femenino, o sea de lo hetero. Mi hija, que es bailarina y coreógrafa y que tiene una posición pro-feminista, debido también a la actividad a la que se dedica, dice ser “una militante de la singularidad” y allí muestra su diferencia con el feminismo radical.

Desde nuestra perspectiva se trata de sostener y apoyar las reivindicaciones totalmente válidas de la equivalencia legal entre los sexos, pero tenemos que estar muy atentos a cualquier discurso que, venga de donde venga, rechace la singularidad que es la del goce de cada uno, ya que

esto acabaría en una lógica de “Ellos” y “Nosotros”. Así, un feminismo bien entendido se podría ubicar del lado del No-todo, mientras que, a mi entender, el feminismo radical tiende a deslizarse hacia la vertiente del lado “macho” de las fórmulas de la sexuación, es decir hacia un “Para Todo x Phi de x”. Es algo para debatir.

Camilo Cazalla: ¿que permite el pasaje por la experiencia del análisis al respecto de la agresividad, qué saldo puede dejar en el analizante?

Leonardo Gorostiza: Por lo que venimos diciendo, se esperaría que hubiera a través del análisis una suerte de asunción de lo hetero. Tiene que haber una cierta reducción del rechazo a lo hetero y, por lo tanto, de la agresividad y la violencia. Y en general –no es que se vaya a anular totalmente–, pero uno diría que un analista, por su práctica, debe tener un desapego con respecto a la agresividad, a la violencia y a su Yo. Porque si nuestra práctica se orienta por la real, apunta a localizar ese real por la palabra. Habría entonces que pensar el final de análisis en términos de desapego para oponerlo al entusiasmo, que sabemos suele estar también del lado de las masas que muchas veces son el caldo de cultivo de la violencia.

Camilo Cazalla: La sociedad argentina está bajo el significante “grieta” y todos los días vemos el eco de sus pasiones, sus disputas y su devenir bajo el peso de este significante que realmente nos gobierna.

Leonardo Gorostiza: En mi intervención de la primera Jornada Zadig tomé la fórmula atribuida a Tertuliano que rescata Freud “*Credo quiaabsurdum*” que hay que entender como un “Creo porque es absurdo”, y allí mencioné el tema de la grieta. Intenté plantear que hubo, en parte por los trabajos de Ernesto Laclau y su mujer, Chantal Mouffe, que muchos movimientos de izquierda retomaron, una revalorización de las elaboraciones de Carl Schmitt. Al respecto hay un trabajo muy interesante de Yves Charles-Zarka, en un libro que se llama *Un detalle nazi en el pensamiento de Carl Schmitt*, donde ubica muy bien cómo

Schmitt llega a plantear que las relaciones en la política siempre se jugarán en términos de “amigo-enemigo”, pero también dice que hay tipos de “amigos” y “enemigos”. Hay un tipo de enemigos que en un momento dado son enemigos y que después dejan de serlo. Pero he aquí que Schmitt fija un tipo de enemigo imposible de pasar, en cierto momento, a la línea de los amigos, y es el “enemigo sustancial”; que sería aquel enemigo que, por su pura presencia, por su pura existencia o modo de vida, pone en cuestión mi modo de vida, mi existencia y ante eso, no puede haber ninguna tercera instancia que regule dicha confrontación. Y aquí volvemos al Lacan de 1948: ninguna instancia que en posición tercera pueda mediar entre ese “nosotros y ellos” que se despliega en el eje imaginario. Entonces –se desprende de lo que dice Carl Schmitt– uno estaría en el derecho de aniquilar a ese enemigo. Creo que esta lógica amigo-enemigo ha sido promovida y se instaló muy fuerte en nuestro país.

Al respecto, hay una formidable intervención de Miller, que fue publicada en uno de los últimos números de la revista *Enlaces*, que se llama “Lecturas argentinas, Puntuaciones lacanianas” y donde sostiene que Perón es un significante para todo uso, y agrega “para unos es un fetiche, para otros un objeto fóbico”. Cuando yo leí esto evocé “La escisión del yo en el proceso defensivo”, el texto de Freud, retomado por Lacan en “La ciencia y la verdad” (2002: 834- 856), es decir que ante la grieta que a nosotros nos concierne, que en términos freudianos es la ausencia de pene en la madre, y que desde Lacan se enuncia como no hay proporción, relación sexual, hay diversas respuestas subjetivas. Y así es posible leer cómo en la política se puede hacer uso de un significante, tal como indica Freud respecto al fetichismo y a la fobia como respuestas clásicas. Allí, Miller no dice ni sí ni no respecto al peronismo, ni al anti-peronismo, sino que interpreta. Y lo hace con un esfuerzo de poesía para lo cual es preciso no creer tanto en los significantes, sino ver cuál es la función que cumplen. Entonces, la grieta política que está en relación con ideales y con significantes que funcionan como S1 ideales

que llevan a la confrontación, se desplaza con relación a la otra grieta, la que a nosotros nos interesa. Esa es la posición analítica. Allí podemos ver cómo sería intervenir sin encandilarse por las afinidades políticas que cada uno pueda tener.